

14.º domingo ordinario B



Están nuestros ojos en el Señor Dios nuestro, esperando su misericordia. (Sal 122,2)

Primera lectura

Ezequiel 2,2-5

En aquellos días, el espíritu entró en mí, me puso en pie y oí que me decía: – Hijo de Adán, yo te envío a los israelitas, a un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Sus padres y ellos me han ofendido hasta el presente día. También los hijos son testarudos y obstinados; a ellos te envío para que les digas: "Esto dice el Señor". Ellos, te hagan caso o no te hagan caso (pues son un pueblo rebelde), sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.

Segunda lectura

2 Corintios 12,7-10

Hermanos y hermanas: Por la grandeza de estas revelaciones, para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne; un emisario de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces le he pedido al Señor verme libre de él y me ha respondido: – Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad.

Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

En aquel tiempo fue Jesús a su tierra en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga: la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: – ¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? ¿Y sus hermanas no viven con nosotros aquí? Y desconfiaban de él. Jesús les decía: – No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.

No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe.

Meditación

La venida de Jesús a Nazaret, su pueblo natal, es colocada por el evangelista no a base de un orden cronológico, sino a base de un orden teológico. El evangelista está atento a presentarlo no como un mago, sino el hijo de Dios que libera al hombre de su contingencia: el pecado, las enfermedades, la muerte. Pero esta salvación se opera en un sólo ámbito: el ámbito de la fe. Sus paisanos no logran darse cuenta de su condición divina. Para ellos no era más que "el carpintero, el hijo de María y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón".

El texto de Marcos no se presta a argumentaciones ni en pro ni en contra de la virginidad de María. El hecho de que se habla de los hermanos de Jesús puede significar muy bien una adecuación al amplio uso bíblico, según el cual cualquier grado de parentesco podía ser designado con el término de "hermano". Pero el texto evangélico en sí no muestra, de ninguna manera, este tipo de preocupaciones que han tenido, por el contrario, tanto espacio en la historia eclesial posterior.

Jesús quedó como bloqueado en su pueblo natal, precisamente porque allí la fe estaba prácticamente ausente: "y se admiraba de la incredulidad de ellos". Los "hermanos" y paisanos quizá habrían aceptado de buen grado a un Jesús "superhombre", bajo el ropaje de jefe nacionalista en la lucha contra los romanos. Pero la realidad que tenían ante los ojos era para ellos decepcionante. Aun reconociendo algunos elementos de su acción benéfica, no lograban, en cambio, leer en ella el mensaje de salvación y de liberación, de la cual era signo. En una palabra, estaban faltos de fe.

El autor del segundo evangelio está atento a subrayar que la nueva comunidad debería ser convocada exclusivamente por el Espíritu en el ámbito de la fe y que, por lo tanto, era inútil buscar en ella ciertos vínculos dinásticos. El subrayado fundamental de este texto decisivo es que la fe precede a los milagros, no al contrario: por eso, es inútil montar una apologética, según la cual se "pruebe" la divinidad de Jesús por la existencia de unos milagros superiores a las fuerzas de la naturaleza.